

# *Desorden y Estado fuerte en la Primera República portuguesa*

*Diego Palacios Cerezales*

Universidad Complutense de Madrid

*Resumen:* Entre 1906 y 1933, la política lusa se caracterizó por la volatilidad de sus gobiernos y por el recurso frecuente a la insurrección, el atentado y el golpe de Estado, con numerosas intervenciones de civiles armados, militares descontrolados y estructuras para-policiales. Esto era analizado por muchos como un «desorden» que paralizaba el progreso del país y, para superarlo, proponían diferentes alternativas. En este artículo se singulariza la búsqueda de un «Estado fuerte» por algunos dirigentes republicanos «radicales», que intentaron llevarla adelante cuando tuvieron acceso al poder, sobre todo durante los gobiernos respaldados por la Guardia Nacional Republicana de 1920-1921.

*Palabras clave:* Portugal, siglo XX, política, Primera República, violencia.

*Abstract:* Between 1906 and 1933 Portuguese politics was extremely volatile. Cabinets were short lived and there were dozens of insurrections, coups d'état attempts and other kinds of political violence. The situation was often depicted as a «disorder» that made business as usual impossible and hindered the country's progress. This text analyses one of the political alternatives that sought to put an end to that disorder: the search for a strong State embraced by some leading radicals in the republican movement, specially focusing the policies they proposed when they were in power, namely during the «radical» governments backed by the National Republican Guard (1920 to 1921).

*Keywords:* Portugal, 20th-century, politics, first Republic, violence.

*La Revolución portuguesa* de Jesús Pabón, *Revolutionary Portugal* de Bragança da Cunha, o *Causes of Portugal's twenty-one revolutions* de Martín Vincent son títulos escritos entre las décadas de 1920 y 1930 sobre la vida política lusa del primer tercio de siglo<sup>1</sup>. El signo de la revolución, con sus múltiples evocaciones, parecía presidir el ritmo vital de la historia de este pequeño país europeo, que al tiempo era un imperio ultramarino y que el 5 de octubre de 1910 había contemplado el éxito de una insurrección republicana protagonizada por una red de carbonarios infiltrada en los escalafones inferiores del ejército y la marina<sup>2</sup>.

La inestabilidad política provenía de los últimos años de la Monarquía. Desde el regicidio de febrero de 1908 hasta la revolución de octubre de 1910 se sucedieron seis gobiernos. El ritmo no amainó con la República y entre 1910 y 1926 hubo 45 gabinetes, lo que comparativamente hacía de Portugal el país más inestable del periodo<sup>3</sup>. Además, la violencia entró con fuerza en la competición política. Entre 1908 y 1939 murieron en atentado dos jefes de Estado —el rey Carlos I y el presidente Sidonio Pais— y cuatro ministros y exministros. Sufrieron también atentados graves muchos otros políticos de primera fila, desde João Chagas en 1915, que perdió un ojo, al propio Antonio de Oliveira Salazar en 1937. Pero lo más llamativo es que la insurrección y el golpe de Estado pasaron a formar parte del repertorio de enfrentamiento político, con más de 33 episodios con salida de tropas entre 1908 y 1933<sup>4</sup>. Durante los combates de la revolución republicana de 1910 murie-

<sup>1</sup> Jesús PABÓN: *La Revolución portuguesa (De D. Carlos a Sidónio Paes)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1941; Vicente de Bragança DA CUNHA: *Revolutionary Portugal (1910-1936)*, Londres, James Clarcke & Co., 1938, y John Martín VINCENT: «Causes of Portugal's Twenty-one Revolutions», *Current History*, vol. 26, 1 (1927), pp. 122-124.

<sup>2</sup> Las memorias del episodio y las amargas acusaciones entre la clase política monárquica son abundantes. Como más representativas Júlio DE VILHENA: *Antes da República*, vol. II, Oporto, França y Arménio, 1916; Antonio Teixeira DE SOUSA: *Responsabilidades históricas*, vol. 2, Coimbra, 1916; íd.: *Para a história da Revolução*, Coimbra, Moura Marques y Paraísos, 1915, y António CABRAL: *Os culpados da queda da Monarquia*, Lisboa, Livraria Popular de F. Franco, 1946. Una buena reconstrucción en Rui RAMOS: *A segunda fundação*, Lisboa, Estampa, 1998, pp. 330-343.

<sup>3</sup> Juan José LINZ: *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza, 1987, p. 74.

<sup>4</sup> João B. SERRA y Luís SALGADO DE MATOS: «Intervenções militares na vida política», *Análise Social*, 18-72/74 (1982), pp. 1165-1195.

ron unas 72 personas; en la insurrección del 14 de mayo de 1915 la cifra estuvo entre 100 y 150; más de 400 fueron los caídos durante el golpe que llevó al poder a Sidonio Pais en diciembre de 1917 y medio centenar durante la corta guerra civil provocada por los oficiales que proclamaron la restauración de la Monarquía en enero de 1919. Las insurrecciones de 1927 y 1931, contra la dictadura militar, sumaron 250 muertos y 1.300 heridos, y provocaron más de mil deportados y cientos de exiliados, en una pequeña guerra civil continuada<sup>5</sup>.

Es bien conocido que los apologistas del salazarismo blandían una imagen puramente negativa de la vida política y social de la República, entendida como puro «desorden», que habría servido para justificar el golpe militar del 28 de mayo de 1926: «La indisciplina, la debilidad de los gobiernos, los compadres y las complicidades equívocas —escribió más tarde Salazar— engendraron la anarquía en las fábricas, en los servicios, en la calle [...] Un régimen de inseguridad, de revuelta, de huelgas, de atentados». Restaurar el orden era «la gran batalla», y para vencerla era necesario «patriotismo y respaldo de la fuerza física»<sup>6</sup>.

No obstante, el análisis de la vida política como desorden y el diagnóstico de que lo necesario era patriotismo y fuerza física no eran exclusivos de la coalición que apoyó a la dictadura militar en 1926 y, posteriormente, a Salazar. En el seno del propio movimiento republicano y en sectores del mismo que se vieron excluidos del poder en 1926, había voces «radicales» que habían esbozado desde muy pronto los mismos temas y soluciones —del corporativismo a la construcción de un Estado fuerte de autoridad incontestable— que se ensayarían en la dictadura militar y el salazarismo. El Estado Nuevo de Salazar no se edificó en completa ruptura con los presupuestos del movimiento

---

<sup>5</sup> Alberto de Sousa COSTA: *Páginas de sangre: Buíças, Costas & C.<sup>a</sup>*, Lisboa, Guimarães & Ca., 1938; Luís FARINHA: *O Revirralho. Revoltas republicanas contra a Ditadura e o Estado Novo, 1926-1940*, Lisboa, Estampa, 1998, y Rui RAMOS: «O fim da República», *Análise Social*, XXIV-153 (2000), pp. 1059-1082.

<sup>6</sup> Antonio de Oliveira SALAZAR: *Como se levanta um Estado*, Lisboa, Mobilis in mobile, 1991, p. 24, y Fernando MARTINS: «Política de Defesa e Política de Segurança Pública: O 28 de Maio e o Estado Novo: “O Estado Novo é forte para não ter de ser violento”», en João ALMEIDA y Rui RAMOS (eds.): *Revoluções, Política Externa e Política de Defesa em Portugal, Séc. XIX e XX*, Lisboa, Cosmos, 2008.

republicano, sino que bebió de una de sus matrices de pensamiento, lo que Manuel Villaverde Cabral bautizó como el «nacionalismo autoritario»<sup>7</sup>.

Varios trabajos se han dedicado a las continuidades ideológicas entre el republicanismo y la dictadura<sup>8</sup>. En este texto, en cambio, se exploran las fórmulas institucionales propuestas y ensayadas en distintos momentos por los elementos del republicanismo más seducidos por soluciones autoritarias: durante el gobierno provisional de la República, tras la insurrección del 14 de mayo de 1915 y, sobre todo, durante los gobiernos respaldados por la Guardia Nacional Republicana de 1919-1921. En todos estos casos, hubo quienes propugnaron, desde dentro del movimiento republicano, la creación de un Estado fuerte, libre de cortapisas para la realización de un proyecto revolucionario que compartían con la generalidad de los republicanos: refundar Portugal, rescatarlo de la «decadencia» y construir una comunidad política patriótica, virtuosa y desvinculada de la Iglesia<sup>9</sup>.

La historiografía de inspiración marxista de las décadas de 1960 y 1970 —que veía una continuidad en el dominio burgués de la Monarquía constitucional y la República—, así como la historiografía vinculada a la oposición a la dictadura de Salazar, que prefería recordar los elementos constitucionales y liberales de la vida política republicana, desvalorizaron el contenido revolucionario de aquellos años. Si bien no hubo en el Portugal republicano una transformación de las relaciones económicas que pueda equipararse a las de las grandes revoluciones sociales, el renacimiento del interés por la historia política ha dado lugar a un paralelo redescubrimiento del carácter revolucionario de las décadas de 1910 y 1920<sup>10</sup>. El uso de la

<sup>7</sup> Manuel VILLAVERDE CABRAL: *The Demise of Liberalism and the Rise of Authoritarianism in Portugal, 1880-1930*, Londres, Kings College, 1993.

<sup>8</sup> *Ibid.* La continuidad en la comprensión de la ciudadanía entre republicanos y salazaristas la han señalado Manuel LOFF: «Electoral proceedings in Salazarist Portugal», en Raffaele ROMANELLI (ed.): *How did they become voters?*, La Haya, Kluwer, 1998, y Rui RAMOS: «Para uma história política da cidadania em Portugal», *Análise Social*, XXXIX-172 (2004), pp. 547-569.

<sup>9</sup> Fernando CATROGA: *O Republicanismo em Portugal, da Formação ao 5 de Outubro*, Lisboa, Notícias, 2000, y Rui RAMOS: *A segunda...*

<sup>10</sup> Sobre el carácter radical y revolucionario de las transformaciones meramente políticas Gordon S. WOOD: *The radicalism of the American Revolution*, Nueva York, A. A. Knopf, 1992. El argumento para la República portuguesa en Rui RAMOS: *A segunda...* Una evaluación desde España en Luis ARRANZ: «Un hito en la his-

fuerza para alcanzar el poder y la legitimación de su ejercicio basada en los fines perseguidos —la regeneración patriótica y laica del país— hacían de muchos republicanos portugueses unos genuinos revolucionarios. Ellos no se habrían pintado de otra manera.

## El nacionalismo autoritario en la revolución republicana

Durante los últimos años de la Monarquía y durante la propia revolución, el movimiento republicano había mostrado su capacidad de movilización en los enclaves urbanos, pero no tenía raíces profundas en el resto del país. Ni el mundo obrero —pequeño en términos globales, pero muy concentrado en torno a Lisboa y Oporto—, ni tampoco el mayoritario mundo rural estaban encuadrados políticamente por organizaciones republicanas. Para la mayor parte de la población, su vínculo con la política pasaba por la relación con mediadores tradicionales: influyentes locales, grandes propietarios y la Iglesia católica<sup>11</sup>. Como escribió Fernando Rosas, la República estaba sitiada social y políticamente<sup>12</sup>.

Una vez en el poder, los dirigentes republicanos se plantearon dos posibles estrategias para consolidar la República: o bien abrir el régimen a la colaboración de segmentos importantes de la antigua élite política y administrativa de la Monarquía, cooptándolos y ampliando así las bases de apoyo a la República, o bien optar por una política de purgas y sustituciones que hiciera que los republicanos monopolizaran los cargos públicos, con una fuerte centralización del poder político y los resortes del Estado. En palabras de João Chagas: «Que el país sea de todos, pero que el Estado sea de los republicanos»<sup>13</sup>. Ni una ni otra vía fueron seguidas de modo cohe-

---

toriografía portuguesa: el Portugal contemporáneo según Rui Ramos», *Historia y política*, 20-2 (2008), pp. 315-358. Las políticas sociales de los gobiernos republicanos en Miriam Halpern PEREIRA: «La “cuestión social” en la I República portuguesa», *Historia y Política*, 28 (2012), en prensa.

<sup>11</sup> Fernando Farelo LOPES: *Poder político e caciquismo na Iª República portuguesa*, Lisboa, Estampa, 1994.

<sup>12</sup> Fernando ROSAS: «Pensamiento y acción política en el Portugal del siglo XX», en Diego PALACIOS CEREZALES y Braulio GÓMEZ FORTES (eds.): *Una historia política de Portugal*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 57-58.

<sup>13</sup> João CHAGAS: *A última crise. Comentários à situação da República portuguesa*, Oporto, 1915, pp. 23-24.

rente y sistemático y, en cambio, una vez en el poder, el movimiento republicano se dividió en varias líneas de fractura que, enmarañadas con disputas por el liderazgo, también se delinearón en torno a estas dos estrategias para la consolidación del régimen<sup>14</sup>.

Dos de los más destacados propagandistas del republicanismo, Basilio Teles y el citado João Chagas, definieron el proyecto de apropiarse del Estado. El primero incluso había defendido desde 1907 que si la República llegaba por vía revolucionaria sería necesario algún tipo de gobierno dictatorial. No sólo para la fase inicial de toma de poder y organización constitucional republicana, «una idea banal que nadie disputa», sino también con vistas a un periodo «de duración indeterminada» necesario para transformar las bases sociales y culturales del país. Como «el pueblo portugués no tenía una conciencia cívica formada» y «vegetaba en un pavoroso estado de ignorancia y servilismo», proponía un gobierno que, concentrando los poderes ejecutivo y legislativo, descoyuntara los mecanismos políticos, culturales y religiosos que, según creía, habían llevado a la apatía cívica de los portugueses y, en su lugar, colocara los cimientos de una nación de ciudadanos. La legitimidad de una dictadura republicana no se fundamentaba, para Basilio Teles, en la voluntad nacional del presente, sino en la del futuro, en la de la patria refundada. «La dictadura es un proceso muy legítimo y defendible de ejercer el poder en diversas coyunturas anormales y los republicanos tendremos que usarla indeclinablemente, con el agravante que no nos será lícito afirmar en conciencia que la mayoría del país esté con nosotros». El programa del viejo Partido Republicano Portugués (PRP) incluía el sufragio universal y el respeto por la división de poderes, pero en el directorio del partido él siempre había defendido que «entre tener que defender la República con el sacrificio del programa, o defender el programa con el sacrificio de la República [me pronuncio] por la primera alternativa». Según Teles, había que pensar en un régimen no parlamentario «en el que haya otras fórmulas o reglas jurídicas que garanticen la armonía entre las indicaciones de la opinión y los actos de la entidad

---

<sup>14</sup> El personalismo lo realza Douglas WHEELER: *Republican Portugal. A Political History, 1910-1926*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1978. Sobre las inconsistencias entre varias líneas de acción, Luís Bigote CHORÃO: *Política e Justiça na I República, 1910-1915. Um regime entre a legalidade e a excepção*, Lisboa, Letra Livre, 2011.

superior, a la que quepa la doble función deliberante y ejecutiva». Finalmente, en las proyecciones de Basilio Teles la dictadura sería necesaria para combatir la previsible reacción monárquica<sup>15</sup>.

Las propuestas de Basilio Teles no se convirtieron en la guía del movimiento republicano, que nunca renunció al parlamentarismo, pero sus temas y su tono formaban parte del magma de ideas en el que éste trabajaba. A Teles se le ofreció la cartera de Hacienda en el gobierno provisional, pero la rechazó al ver que su programa no iba a ser el de todo el gobierno. Él proponía, entre otras cosas, la suspensión de garantías constitucionales, la ejecución sumaria de quien robara o matara y la disolución de todos los cuerpos de policía<sup>16</sup>. Sin embargo, los principales rasgos de su análisis de los problemas de apoyo social, legitimidad y contestación política que un régimen republicano encontraría, así como su propuesta de una acción enérgica y transformadora, aparecieron y reaparecieron durante toda la vida de la Primera República, especialmente en los momentos de alarma y efervescencia por las intenciones monárquicas.

A despecho de lo propuesto por Basilio Teles, el gobierno provisional inauguró su obra legislativa escenificando una ruptura con los elementos más emblemáticos del carácter represivo y antiliberal con el que los republicanos pintaban a la Monarquía. En la primera hornada de decretos, el nuevo gabinete derogaba las llamadas «leyes de excepción»: la de 13 de febrero de 1896 «contra los anarquistas», la de deportación ilimitada para conspiradores, o la de prensa de 14 de abril de 1906; además, devolvía la competencia al jurado sobre todos los delitos que supusiesen una pena de cárcel o destierro, proclamando que acababan las jurisdicciones especiales con las que se había perseguido a los conspiradores republicanos y anarquistas<sup>17</sup>.

A pesar de optar inicialmente por todas las formalidades constitucionales de tipo liberal, y a pesar del título de «democrático» con el que pasó a conocerse el partido dominante del nuevo régimen, encabezado por Afonso Costa, la minoría republicana descubrió que para gobernar y mantenerse en el poder tenía que recurrir a mecanismos expeditivos y limitar los derechos políticos del Por-

---

<sup>15</sup> Basilio TELES: *As ditaduras. O regime revolucionário*, Coimbra, Atlántida, 1975, pp. 5, 15, 23 y 27.

<sup>16</sup> «O regime revolucionário», ahora en Basilio TELES: *As ditaduras...*

<sup>17</sup> *Diário do Governo*, 21 de octubre de 1910.

tugal conservador, fuese monárquico o católico<sup>18</sup>. No bastaba con abolir la Monarquía, cambiar los símbolos del Estado —bandera, moneda e himno—, cerrar la Cámara de los pares y contar con un presidente de la República elegido por el Parlamento: «la República radical, progresista, democrática, avanzada, que hicimos y realizamos», diría Afonso Costa, «no podía esperar ser abrazada por todos». La revolución republicana era, sobre todo, una revolución cultural determinada a refundar la patria. Afonso Costa asumía que «la nación era pequeña» y estaba formada sólo por una parte de los portugueses, los republicanos. No se podía conceder la ciudadanía política a quien no «comprendiese el espíritu de nuestro tiempo». Aunque la propaganda del viejo Partido Republicano Portugués había hablado de sufragio universal y, puntualmente, de sufragio femenino, la ley electoral de 1913 le quitó el voto a los analfabetos, aunque fueran propietarios, reduciendo drásticamente el electorado. De ese modo se reducía el peso del voto rural, presumiblemente controlable por el clero<sup>19</sup>. Los tribunales de excepción reaparecieron en 1911 para los crímenes de conspiración y rebelión, mientras que ya en 1912 se recurrió al estado de guerra y los tribunales marciales para neutralizar las huelgas<sup>20</sup>.

Los sectores republicanos interesados en estabilizar la República —bien representados por António José de Almeida, que fue ministro del Interior del gobierno provisional y presidente de la República entre 1919 y 1923— pretendían la continuidad administrativa del Estado y los altos funcionarios de la Monarquía, así como desarmar a los voluntarios civiles. En cambio, en competición con ellos, las bases militantes del movimiento republicano encontraban su poder en la continuidad de la política revolucionaria, consideraban que las componendas con las élites monárquicas eran una traición y defendían la disolución de la policía y la movilización armada de los voluntarios. «[L]os elementos firmes, que trabajan, se sacrifican y aman mucho a su patria», escribía un oficial republicano en 1912, «se desaniman ante la debili-

<sup>18</sup> Hermínio MARTINS: *Classe, status e poder*, Lisboa, ICS, 1998, p. 71.

<sup>19</sup> Afonso COSTA: *Diário da Câmara dos Deputados (DCD)*, 16 de octubre de 1911, pp. 5-6.

<sup>20</sup> Maria Lúcia de Brito MOURA: *A guerra religiosa na Primeira República*, Lisboa, Notícias, 2004, y Luis Bigote CHORÃO: *Política e Justiça...*

dad de los de arriba [...] o hay una represión severa, o tendremos una vida atribulada»<sup>21</sup>.

Desde la óptica del nacionalismo autoritario, un Estado fuerte y republicano era el requisito fundamental para republicanizar el país. Sin embargo, en la Europa de 1910, si había un Estado con poca capacidad infraestructural, ése era el portugués, que no contaba con una fuerza de policía nacional, ni con nada parecido a la Gendarmería francesa o la Guardia Civil española. Ante esto, una de las medidas de mayor alcance del gobierno provisional fue crear la Guardia Nacional Republicana (GNR), una fuerza militarizada que se desplegaría por todo el territorio, patrullaría los caminos y llevaría la República desde Lisboa hasta cada rincón del país. Su despliegue territorial se inició en 1911 y se completó en seis años<sup>22</sup>.

La GNR se convirtió en la gran esperanza del nacionalismo autoritario republicano, en la posibilidad de contar con un mecanismo con el que dar presencia a la República en todo el país, fiscalizar la actividad de las elites locales y descuajar las islas de poder caciquil que, según argumentaban, impedían la regeneración cívica de Portugal. Sus portavoces no dejaron de plantear todo tipo de soluciones para que la GNR se convirtiera en la espina dorsal del Estado: propusieron que al desplegarse sustituyera también a los cuerpos de policía de las capitales de provincias, despojando de autoridad a los gobernadores civiles, y que los oficiales de la GNR asumieran la representación del gobierno central en los municipios, hasta entonces ejercida por los «administradores del concejo», que eran remunerados localmente<sup>23</sup>.

Sin menoscabo del salto cualitativo que la GNR supuso para la capacidad del Estado portugués, la estructura de la competición política dificultaba la consolidación institucional del régimen. La lucha entre las diferentes facciones del viejo PRP incluía la explotación de «la calle republicana», es decir, de grupos de gente vici-

---

<sup>21</sup> Carta de Américo Olavo a Sá Cardoso (agosto de 1912) en Hipólito TORRE GÓMEZ y António Henrique de Oliveira MARQUES: *Contra-Revolução. Documentos para a história da Primeira República Portuguesa*, Lisboa, Perspectivas & Realidades, 1985, doc. 151.

<sup>22</sup> Diego PALACIOS CEREZALES: *A culatazos. Protesta popular y orden público en el Portugal contemporáneo*, Palma de Mallorca, Genuève, 2011.

<sup>23</sup> Discurso de Vitorino Guimarães en DCD, 6 de septiembre de 1911; el debate en DCD, 26 de diciembre de 1911; la propuesta de que sustituyen a los administradores en DCD, 13 de enero de 1913, pp. 15-17

ferando a favor o en contra, o acosando a los adversarios. Aunque había disputas sobre cuál era el valor político de esas multitudes, usar las fuerzas de orden público contra el referente colectivo que antes de 1910 había dado cuerpo a la reivindicación de popularidad del republicanismo era costoso políticamente, sobre todo en las grandes ciudades<sup>24</sup>.

Durante 1911 y 1912, la militancia callejera castigó a los dirigentes del partido que mostraron preferencias por una República conciliadora, que fueron abucheados y zarandeados. Además de intervenir en las disputas internas del partido y en la lucha por el gobierno, las bases republicanas se movilizaban para defender la República. Antiguos y nuevos carbonarios acosaban a la prensa y a las asociaciones católicas y monárquicas. Se manifestaban, tiraban piedras, y asaltaban sus sedes o las redacciones de sus periódicos. Esa presión política solía coincidir con las noticias de conspiración monárquica, como en enero de 1911, o con las incursiones desde Galicia de las tropas realistas de Paiva Couceiro en octubre de 1911 y julio de 1912, pero también reaccionaban contra la publicación de noticias que se considerasen insultantes para los republicanos o, ya en 1914, contra los intentos de reactivar las asociaciones católicas<sup>25</sup>. En Lisboa, Oporto y otras localidades las propias autoridades republicanas reclutaron a carbonarios para que funcionaran como una policía política que controlara a los rivales políticos y al movimiento obrero, en una fuerza irregular que quedó en la historia como la *formiga branca*.

Como había pronosticado Basilio Teles en 1907, el incumplimiento de las garantías formales por parte de los republicanos se convirtió en un tema recurrente de la movilización monárquica y católica para deslegitimar a la República<sup>26</sup>. Según criticaba João Chagas,

---

<sup>24</sup> Vasco Pulido VALENTE: *O Poder e o Povo. A revolução de 1910*, Lisboa, Gradiva, 2004, p. 264.

<sup>25</sup> António CABRAL: *As minbas memórias políticas. Em plena República*, Lisboa, 1932; Miguel Dias SANTOS: *Os Monárquicos e a República Nova*, Coimbra, Quarteto, 2003, y Maria Lúcia de Brito MOURA: *A guerra religiosa...*

<sup>26</sup> Basilio TELES: *As ditaduras...*; Hipólito TORRE GÓMEZ: *Contra-Revolução...*, p. 31; Philip GIBBS y E. M. TENISON: *The tragedy of Portugal, as shown in the sufferings of the Portuguese political prisoners, royalists, republicans, socialists and syndicalists*, Londres, L. U. Gill & Son, Ltd., 1914, y António Vaz Monteiro GOMES: *Portuguese political prisoners: Reply to the Duchess of Bedford's statements*, Lisboa, Imprensa nacional, 1913.

había sido la falta de depuraciones y de construcción de un Estado fuerte lo que había hecho necesaria la intervención de los «revolucionarios civiles». Según él, la GNR no bastaba, la República también debería haber construido exnovo su propia policía urbana<sup>27</sup>.

## Guerra y disciplina interna

A partir del verano de 1914, con la guerra europea, muchas cosas cambiaron en Portugal y en toda Europa. Además de la propia movilización militar de la población y las operaciones bélicas, la guerra trastocaba los flujos comerciales, cambiaba la estructura de la demanda, provocaba desabastecimientos y «protegía» los mercados internos, favoreciendo el desarrollo industrial por sustitución de importaciones<sup>28</sup>. Pero, además, la guerra justificaba acciones osadas por parte de los gobernantes en la dirección de la economía y la restricción de las libertades públicas.

En noviembre de 1914, João Chagas escribía desde su embajada en París a Afonso Costa para sugerirle un gobierno fuerte de orden y disciplina, con censura a la prensa: «orden impuesto por el despotismo de las circunstancias y mantenido despóticamente». Las circunstancias bélicas habían permitido a Francia e Inglaterra suspender las garantías constitucionales y tratar sin contemplaciones la disidencia interna; sus gobiernos encontraron menos resistencias de las previstas y la movilización para la guerra generó un espíritu de unidad nacional. Según Chagas, se trataba de un buen ejemplo de lo que había que hacer en Portugal para poner punto final a la «agitación en la calle» y la «anarquía» en la que vivía el país desde la proclamación de la República; la guerra europea era una gran ocasión para imponer la autoridad y la disciplina republicanas a la sociedad portuguesa<sup>29</sup>.

Chagas no quería gobiernos de conciliación, ni transigir con los monárquicos o los católicos, pero sí disciplinar a sus correligiona-

<sup>27</sup> João CHAGAS: *A última...*, p. 21.

<sup>28</sup> Para un panorama sobre los efectos de la Gran Guerra véase Filipe Ribeiro de MENESES: «O impacto da primeira guerra mundial no sistema político português», en Manuel BAIÃO (ed.): *Elites e Poder...*, Lisboa, CIDEHUS/-Colibrí, 2003.

<sup>29</sup> João CHAGAS: *Correspondência literária e política com João Chagas*, vol. II, Lisboa, Editorial Notícias, 1957, pp. 215-216.

rios republicanos. Se trataba de organizar un poder tan fuerte e irresistible como para que no fuesen necesarias las violencias incontroladas ni posibles los enfrentamientos. Un orden estatal fuerte permitiría renunciar a los servicios de los voluntarios civiles que, si bien habían «servido a la República», con sus «excesos» habían creado una imagen de desorden<sup>30</sup>.

El 23 de noviembre de 1914, el Congreso autorizó la entrada de Portugal en el conflicto y ya en diciembre hubo combates en África. La opción belicista de los *democráticos* no fue bien recibida por el cuerpo de oficiales, que empezó a definir una posición colectiva contra el gobierno. El descontento de los militares no se restringía a los objetivos estratégicos, también provenía de la indisciplina cuartelera en la que se vivía desde la revolución, con comités de vigilancia formados por sargentos y civiles funcionando en algunos cuarteles<sup>31</sup>. Fueron numerosos los agravios hasta que, en enero de 1915, buena parte del cuerpo de oficiales protestó ante el presidente de la República. Éste cesó al gobierno democrático y nombró primer ministro al general Pimenta de Castro, un oficial republicano que, sin embargo, en 1911 se había opuesto a la movilización de voluntarios civiles contra las incursiones monárquicas.

Pimenta de Castro gobernó con el Congreso cerrado, «en dictadura», a la espera de organizar unas elecciones que no ganaran los *democráticos*; también concedió una amnistía a los exiliados monárquicos y frenó los preparativos para entrar en la Gran Guerra. A los cuatro meses los *democráticos* recuperaron el poder mediante una insurrección en la que reclamaron la legitimidad del Congreso, irregularmente disuelto, frente a la del presidente de la República.

Para organizar la insurrección fue fundamental el concurso de los «jóvenes turcos» —los oficiales *democráticos* del ejército y la marina—, y, tras el 14 de mayo, parecían haberse hecho con el control de la situación. João Chagas era su candidato a primer ministro, con su proyecto de un gobierno fuerte e intransigente, un aparato de Estado completamente depurado —sin funcionarios de origen monárquico— y una policía renovada en la que los republicanos pudiesen confiar e hiciese innecesaria la vigilancia civil.

<sup>30</sup> João CHAGAS: *A última...*, p. 21.

<sup>31</sup> Gonçalo P. Pimenta de CASTRO: *As Minbas Memórias. Na metropole e nas Colónias*, Oporto, Livraria Progriedor, 1947, y General A. ILHARCO: *Memórias. Alguns apontamentos sobre a influência política do exército*, Lisboa, Lelo & Irmão, 1926.

Para João Chagas, si se cumplía su promesa de establecer un orden fuerte, ésa sería «la última crisis de la República», que iría a «renacer tan fuerte como la soberanía que la engendró»<sup>32</sup>.

Sin embargo, Chagas sufrió un atentado que le inutilizó durante varios meses y no pudo tomar posesión. En cambio, en la búsqueda de una «Unión Sagrada» que uniese a los portugueses en el esfuerzo de guerra previsto, el gobierno finalmente formado fue más contemporizador de lo que exigían los radicales. Los combatientes del 14 de mayo recibieron el estatuto de «héroes de la revolución» y, aunque se les reservaron puestos en la administración pública, las depuraciones tuvieron un alcance limitado.

De nuevo, la promesa de que el Estado fuera a ser en exclusiva de los republicanos quedó en el tintero. La búsqueda de gobiernos unitarios fue delineando la futura ruptura interna del Partido Democrático y la aparición de grupos radicales autónomos enfrentados a la burocracia del partido. A principios de 1916, João Chagas y otros cabecillas del radicalismo se quejaban de que Afonso Costa no depuraba la función pública, ni reformaba la policía, ni entraba en la guerra<sup>33</sup>, pero, finalmente, el 9 de marzo de 1916, Alemania respondía a las provocaciones portuguesas con una declaración formal de guerra.

## La alternativa presidencialista

La situación de descontento generalizado —el de los militares por la guerra, el de los republicanos ajenos a la *União Sagrada*, el del movimiento obrero por la carestía y la represión, y el de importantes sectores del poder económico— confluyó en el golpe de Estado de Sidónio Pais del 5 de diciembre de 1917. Si hasta entonces la división entre los republicanos había girado en torno a la exclusión de los monárquicos, ahora Sidónio Pais excluía al Partido Democrático e intentaba liderar él la incorporación de republicanos conservadores y de monárquicos<sup>34</sup>. También instauró el sufragio universal

<sup>32</sup> João CHAGAS: *A última...*, p. 23.

<sup>33</sup> Rui RAMOS: *A Segunda...*, pp. 448-449.

<sup>34</sup> Filipe Ribeiro de MENESES: *União Sagrada e Sidonismo. Portugal em Guerra (1916-1918)*, Lisboa, Cosmos, 2000, y Miguel Dias Santos: *Os Monárquicos...*

masculino para movilizar a su favor el voto rural<sup>35</sup>. Durante 1918 la llamada República Nova fue ensayando las piezas de un nuevo régimen presidencial y corporativo, pero al tiempo se tuvo que enfrentar a nuevas insurrecciones del Partido Democrático y perdió muchos aliados al crear un partido propio del nuevo régimen<sup>36</sup>.

Consciente de que los democráticos intentarían volver al poder por las armas, Sidónio Pais montó un sistema de orden público que le garantizase tanto la fidelidad de las unidades militares con más potencia de fuego en Lisboa como la de las fuerzas policiales. Donde más evidente se hizo la apuesta sidonista por un orden fuerte basado en una policía prestigiada fue en la Policía Civil de Lisboa, que fue reforzada material y simbólicamente. Se militarizaron sus formas, pasó a patrullar con armas largas y se la entrenó para actuar concentrada como fuerza de orden público frente a multitudes. En septiembre de 1918 se presentaba en público como una nueva corporación, con una parada en Lisboa en la que desfilaron 1.200 policías fusil al hombro<sup>37</sup>.

El gobierno de Sidónio Pais creó también la primera policía política legalmente establecida, que debía vigilar a todos los grupos políticos y sociales, mantener la información actualizada y comunicar a la policía de seguridad y a la justicia «todo lo que averigüen que tenga por finalidad alterar el orden público y la seguridad del Estado»<sup>38</sup>. Esta policía se anunciaba como el final del reino de las milicias políticas parapoliciales:

«[se instituye esta policía] para que la población no quede a merced de una banda de matones callejeros que, a cubierto de la autoridad civil, e investidos de funciones de policía irregular, perseguían, vejaban a los adversarios políticos del gobierno y también a los ciudadanos que no se inmiscuían en las luchas de los partidos»<sup>39</sup>.

<sup>35</sup> Maria Alice SAMARA: *Verdes e Vermelhos. Portugal e a Guerra no ano de Sidónio Pais*, Lisboa, Notícias, 2003.

<sup>36</sup> Para una delimitación de las características del régimen sidonista en construcción véase la síntesis de Maria Alice SAMARA: «O Sidonismo: regime de tipo novo?», en Manuel BAIÓIA (ed.): *Elites e poder...*

<sup>37</sup> António José TELO: *O Sidonismo e o movimento operário. Luta de classes em Portugal, 1917-1919*, Lisboa, Ulmeiro, 1977, p. 183.

<sup>38</sup> Decreto 4058, de 5 de abril de 1918, y María da Conceição RIBEIRO: *A Polícia Política no Estado Novo (1926-1945)*, Lisboa, Estampa, 1995, pp. 38-40.

<sup>39</sup> Decreto 3673, de 20 de diciembre de 1917.

Sin embargo, esa Policía Preventiva, pretendidamente ordenada y profesionalizada, duró poco. En abril de 1918 se redujo a veinte el número de sus agentes permanentes y se abrió la posibilidad de pagar a un número indeterminado de auxiliares e informadores, que se convirtieron en una nueva suerte de matones parapoliciales que protagonizaron una dura represión contra el Partido Democrático y los sindicalistas<sup>40</sup>.

### **La GNR como bastión del nacionalismo autoritario**

Sin tiempo casi para celebrar el armisticio, en diciembre de 1918, Sidónio Pais fue asesinado. Su desaparición mostró la débil institucionalización de su proyecto. La coalición formada a su alrededor se desagregó definitivamente y se reabrió la fractura entre monárquicos y republicanos. Se formaron juntas militares, varias de ellas se declararon monárquicas y, tras una corta guerra civil, el Partido Democrático, aliado al movimiento obrero, reconquistó la calle, primero, y el gobierno, después. Hubo una renovación en los liderazgos democráticos y, ahora sí, con Domingos Pereira de primer ministro, emprendieron el proyecto de João Chagas que se había quedado en el tintero después del 14 de mayo de 1915: una fuerte reorganización de la GNR que la convirtiese en bastión del radicalismo y fuese de la total confianza republicana. De confianza contra nuevas intentonas monárquicas, contra las juntas militares y contra el desorden en las calles.

Los Decretos 5.568 y 5.787, ambos publicados en el famoso *Diário Oficial* del 10 de mayo de 1919 en el que se purgaban y nombraban varios miles de funcionarios, reorganizaban completamente la GNR, que se convertía en mucho más que una gendarmería. Según el preámbulo del primero de los decretos, esta fuerza debía «estar en condiciones de actuar simultáneamente en cualquier punto del Portugal continental e islas adyacentes» y «disponer de todos los elementos para operar con absoluta seguridad y rapidez en casos graves de alteración del orden público, como las revoluciones». Se reforzaba su plana mayor y se cambiaba su organización, añadiendo una compañía de telegrafía de campaña, un grupo

---

<sup>40</sup> António José TELO: *O Sidonismo...*, p. 187; Alberto de Sousa COSTA: *Páginas de sangue...*, vol. II, y Campos LIMA: *O Reino da Traulitânia*, Lisboa, 1919.

de cuatro baterías de artillería y un batallón de ametralladoras pesadas. La plantilla de la GNR se multiplicaba por tres, estando previsto que en 1921 alcanzase los 18.000 hombres<sup>41</sup>.

La capacidad y la fuerza, conseguidas por el aumento de efectivos y el nuevo material bélico, eran parte de los requisitos para construir el Estado irresistible que había delineado João Chagas. El otro requisito, el republicanismo, intentó garantizarse mediante la cuidadosa selección de los oficiales. El artículo tercero del nuevo decreto orgánico de la GNR especificaba que ningún oficial podría ingresar sin que antes se inquiriese sobre su «fe republicana» y su «comportamiento político durante los tres años anteriores». El coronel Liberato Pinto, jefe de la plana mayor, lideró el proceso de organización y el reclutamiento, garantizando la entrada para los puestos clave de los oficiales republicanos y de los milicianos que habían servido voluntariamente en la Gran Guerra o combatido a los monárquicos durante la guerra civil<sup>42</sup>. Finalmente, aunque el gobierno nombraba un comandante general de la GNR, la plana mayor de Liberato Pinto se convirtió en el centro de la autonomía política de la GNR y en su verdadero mando operativo<sup>43</sup>.

La plana mayor de la GNR se tomó en serio su papel de defensora de la República, arrogándose los poderes de una especie de tribunal constitucional que vigilaba los desvíos de la senda revolucionaria. No sólo frente a conspiraciones o golpes de Estado, sino contra la propia autonomía del Congreso y del presidente de la República, António José de Almeida. Éste intentaba que gobernara el Partido Liberal, un nuevo proyecto de alternativa republicana conservadora al Partido Democrático, pero la GNR se lo impedía. Mientras tanto el propio Partido Democrático se dividía en varias facciones, al inicio muy fluidas, pero que después de 1921 acabarían dando vida, entre otros, al Partido Republicano Radical —radicalismo autoritario anticlerical y militar— y a la Izquierda Democrática —con preocupaciones sociales—. Finalmente, la maquinaria electoral del partido quedó en manos de António Maria da Silva,

---

<sup>41</sup> Decretos 5568 y 5787, de 10 de mayo de 1919. Sobre el nombramiento de funcionarios véase António CABRAL: *Em plena República*, Lisboa, Livraria Franco, 1932, pp. 431-432.

<sup>42</sup> José Medeiros FERREIRA: *O Comportamento político dos militares. Forças armadas e regimes políticos em Portugal no século XX*, Lisboa, Estampa, 1992, pp. 94-95.

<sup>43</sup> Gonçalo P. Pimenta de CASTRO: *As Minhas...*, vol. III, p. 190.

que buscó mantener la hegemonía política combinando el clientelismo con la suavización del programa laicizador<sup>44</sup>.

La GNR se convirtió en el polo radical del sistema político y parecía dispuesta a realizar el sueño de construir un orden fuerte que, por su propia capacidad de anticipación y disuasión, no necesitara recurrir a picos de violencia. Sin embargo, su autonomía política la transformó en un elemento anómalo. Como decía un periodista español: «la GNR es la que debe dar ahora a todo ministerio estable en Portugal su *republicanum exequatur*, su *placet* tiránico, y a veces, caprichoso»<sup>45</sup>. Desde el primer gobierno que siguió a las elecciones del 11 de mayo de 1919, hasta el gobierno de António Maria da Silva de marzo de 1922, la inestabilidad gubernamental fue la norma, con 17 primeros ministros. Sin embargo, había una nueva coherencia detrás de la sucesión de gabinetes, un juego político entre el coronel Liberato Pinto y el presidente de la República. En enero de 1920, cuando Almeida encargó a Fernandes Costa, del Partido Liberal, la organización de un gabinete, se presentó una manifestación callejera, al parecer de sólo unos centenares de hombres, clamando contra la toma de posesión. La policía declaró que su fuerza no era suficiente para dispersar la manifestación sin usar las armas de fuego y que había que llamar a la GNR, pero ésta hizo saber que no protegería al gobierno, el cual, en consecuencia, dimitió a las cinco horas del nombramiento<sup>46</sup>. António Granjo, que como ministro del Interior de ese gobierno debería mandar sobre la GNR, tampoco encontró asistencia de ésta cuando un grupo furioso intentó asaltar su periódico. De ese modo, la GNR, ejerciendo la potestad de salir a la calle con las ametralladoras, o de mantenerse en los cuarteles permitiendo la libre acción de civiles exaltados, dejó temporalmente de ser una *burocracia del Estado* y se convirtió en uno de sus *poderes*.

---

<sup>44</sup> Ernesto Castro LEAL: *Partidos e programas: o campo partidário republicano português (1910-1926)*, Coimbra, Imprensa da Universidade, 2008.

<sup>45</sup> Andrés GONZÁLEZ BLANCO: *Más allá de las fronteras: la actual situación de Portugal. Marzo de 1920*, Madrid, 1920.

<sup>46</sup> Thomé BARROS QUEIROZ: *Episódios da vida de político Thomé Barros Queiroz*, citado en António Pedro Ribeiro dos SANTOS: *O Estado e a Ordem Pública*, Lisboa, ISCSP, 1999, pp. 215-217.

## Orden, orden y orden

Portugal estaba agitado, y en la prensa se anunciaban seguros individuales «contra perjuicios causados por revoluciones, huelgas y tumultos»<sup>47</sup>. Además de en la arena política, había fuertes conflictos en el terreno económico, o «social», como entonces se le denominaba. Durante 1919 nació una nueva y poderosa central anarcosindicalista —la CGT— y su diario, *A Batalha*, llegó a ser el tercero más leído en todo el país<sup>48</sup>. La CGT organizó huelgas en los sectores público y privado, así como campañas contra la carestía de vida, en una actividad febril que mantendría el pulso hasta 1921<sup>49</sup>.

Durante los días de huelga, los dispositivos de la GNR «llenaban de pavor a los lisboetas, con las ametralladoras, los fusiles, la artillería, toda una floresta de armas homicidas que avisaban al paseante de que las fuerzas estaban dispuestas a reprimir cualquier gesto belicoso»<sup>50</sup>. Ante la actividad sindical, la idea de un gobierno de republicano de orden frente al movimiento obrero y capaz de hacer ejecutar las determinaciones de la autoridad gracias a la fuerza de un batallón de ametralladoras pesadas sedujo a la patronal, que cortejaba a Liberato Pinto<sup>51</sup>. Sin otras responsabilidades que las de jefe de la plana mayor (formalmente subordinado a un comandante general de la GNR nombrado por el ministro del interior), Liberato Pinto se tornó una figura omnipresente, que acudía a mediar en los grandes conflictos obreros y desmovilizaba a los militantes republicanos que acosaban por su cuenta las actividades monárquicas<sup>52</sup>.

<sup>47</sup> *Imprensa da Manhã*, 30 de abril de 1920.

<sup>48</sup> Manuel J. SOUSA: *O sindicalismo em Portugal*, Lisboa, Afrontamento, 1972, y Alexandre VIEIRA: *Para a história do sindicalismo em Portugal*, Lisboa, Seara Nova, 1974.

<sup>49</sup> Sobre la conflictividad social de estos años, la organización obrera y las medidas políticas, Fernando MEDEIROS: *A Sociedade e a Economia Portuguesas nas origens do Salazarismo*, Lisboa, A Regra do Jogo, 1978.

<sup>50</sup> Nogueira de BRITO: *Em marcha! Notas e comentários sobre a greve do funcionalismo público em 1920*, Lisboa, Seara Nova, 1976, p. 23.

<sup>51</sup> Jesús PABÓN: *La Revolución portuguesa*, vol. II, *De Sidónio Pais a Salazar*, Madrid, Espasa Calpe, 1945, pp. 144-147.

<sup>52</sup> Gonçalo P. Pimenta de CASTRO: *As Minhas...*, vol. III, p. 190; *Imprensa da Manhã*, 4 de mayo de 1920; *Carta del administrador de Setúbal al GC de Lisboa*, 10 de septiembre de 1920, Arquivo Distrital de Lisboa-Fundo do Governo Civil (ADL-FGC), I.ª Secção, núm. 198.

La primera encarnación de un gobierno radical tomó forma en marzo de 1920 con el coronel António Maria Baptista. Se trataba de un héroe *democrático*, próximo a Liberato Pinto, que había estado encarcelado durante el sidonismo y que había encuadrado civiles en la movilización contra los monárquicos de enero y febrero de 1919. En la GNR, Liberato Pinto establecía un sistema de control político entre los guardias, «para que los de mayor confianza vigilen a los restantes, no sólo para saber lo que piensan de los sidonistas o los monárquicos, sino también sobre el problema social»<sup>53</sup>. Mientras tanto, la promesa de «orden público, orden público y orden público» con la que presentó el gobierno de Baptista fue saludada por manifestaciones de apoyo en la calle, en Lisboa y Oporto, organizadas por la confederación patronal. Ante este panorama, durante el 1 de mayo de 1920 la CGT clamaba contra «el peligro de una dictadura de las fuerzas vivas»<sup>54</sup>.

Si bien a parte de la gran patronal le sedujo las posibilidades de una República fuerte como mecanismo de control de las huelgas y de la radicalización obrera, eso no hacía de los radicales republicanos representantes de esos intereses económicos. La patronal se oponía a medidas muy queridas por los radicales, como la reforma fiscal o los seguros sociales obligatorios, un elemento central de su apuesta para ganarse a la clase obrera. Ante las resistencias patronales a la reforma tributaria, el futuro ministro Cunha Leal amenazaba con usar la GNR para «abrir los cofres de los argentarios»<sup>55</sup>.

El primer intento de gobierno fuerte y radical, apoyado en la GNR, acabó repentinamente cuando António Maria Baptista murió de un colapso en un consejo de ministros. Durante los meses siguientes se reabrió la búsqueda de una figura que contentara al presidente, al Congreso y a la GNR. La GNR se había tornado necesaria e imposible. Sin ella no se podía gobernar, pero tampoco permitía que se formasen gobiernos. Tras tres gabinetes efímeros, en septiembre de 1920 el presidente Almeida entregó las riendas del gobierno al propio Liberato Pinto, para que demostrase que el

---

<sup>53</sup> Circular do Estado Maior da GNR, 20 de abril de 1920, citado en António Serralheiro SALGADO: *Apontamentos para a história de Guarda Nacional Republicana na regão centro do país*, Coimbra, Câmara Municipal de Coimbra, 2004, p. 25.

<sup>54</sup> Fernando MEDEIROS: *A Sociedade...*, p. 222.

<sup>55</sup> Luís FARINHA: *Cunha Leal, Deputado e ministro da República*, Lisboa, Assembleia da República, 2009.

radicalismo republicano, apoyado en las armas de la GNR, era capaz de sacar al país de la crisis.

Liberato Pinto no buscó una acción militar violenta contra el movimiento obrero, como exigían algunos portavoces de la patronal, sino que, como el coronel Baptista antes que él, pretendía utilizar el respaldo de la fuerza para dotar de credibilidad a las medidas del gobierno. Muchos comandantes territoriales de la GNR reforzaron su autoridad asumiendo los gobiernos civiles y las administraciones municipales, mientras que el programa se concentraba en resolver el abastecimiento de las ciudades mediante la fijación de precios y tasas. Ahí, la misión de la GNR pasó a ser la de vencer la resistencia de los productores y luchar contra los especuladores y acaparadores. Pero la movilización de las diferentes profesiones continuaba y su gobierno se enfrentó a largas huelgas, como la de tipógrafos y la de la administración pública, al tiempo que crecían las resistencias de los grupos económicos atacados en sus intereses<sup>56</sup>.

A finales de febrero de 1921, los bloqueos del gobierno permitieron a António José de Almeida cesar a Liberato Pinto y apartarlo del servicio activo en la GNR, acusándolo de corrupción. El nuevo gobierno intentó hacerse con el control de la gendarmería mediante la sustitución de algunos oficiales, pero la GNR se resistió dando un golpe de Estado el 21 de mayo, inconsecuente, y otro más el 19 de octubre, esta vez tomando todos los puntos estratégicos de la ciudad y nombrando un gobierno radical de su confianza. Sin embargo, la coalición radical contaba con ramificaciones incontroladas y un vengativo grupo de marineros buscó y asesinó, entre otros, a Machado Santos —fundador de la República—, a Maia Pinto —ex-ministro de Marina— y al propio primer ministro liberal, António Granjo. El golpe exitoso se convirtió en la «noche sangrienta», en un episodio de crueldad política que hizo perder crédito y respetabilidad a los radicales<sup>57</sup>.

---

<sup>56</sup> Para la política de los intereses véase Fernando MEDEIROS: *A Sociedade...*; António José TELO: *Decadência...*, vol. I; Kathleen C. SCHWARTZMAN: *The social origins of democratic collapse: the first Portuguese republic in the global economy*, Lawrence (Kansas), University Press of Kansas, 1989, y Nuno L. MADUREIRA: *A Economia dos Interesses*, Lisboa, Horizonte, 2002.

<sup>57</sup> Consiglieri Sá PEREIRA: *A Noite Sangrenta*, Lisboa, Arnaud & Bertrand, 1924; Alberto de Sousa COSTA: *Páginas de sangue*, vol. II; Raul BRANDÃO: *A Noite Sangrenta*, Lisboa, Alfa, 1990, y Maria A. SAMARA: «A noite sangrenta», en Antó-

El gobierno salido del golpe representaba a las bases republicanas radicales descontentas con la autocracia del Partido Democrático, pero el oprobio ganado con la noche sangrienta no permitió que se mantuviera<sup>58</sup>. Sí posibilidad, en cambio, la disolución del Congreso y, a la postre, la recuperación de la hegemonía por parte de la maquinaria del Partido Democrático de António Maria da Silva, que pasaría a controlar el sistema político y no volvería a perder unas elecciones. El radicalismo fue a partir de entonces reafirmando su autonomía respecto al Partido Democrático —al que atacaría por su giro conservador y por la tregua que había concedido a la Iglesia católica— y constituiría la base civil y militar del futuro Partido Republicano Radical, una de las más claras encarnaciones de la versión laica y republicana del nacionalismo autoritario.

## Desarmar a los radicales y a la República

La GNR y el cuartel de marineros representaban la fuerza del radicalismo y, para gobernar, había que desarmarlos. Para alejar a los marineros de la capital, se aceleró el viejo proyecto de construir una nueva base naval al otro lado del estuario del Tajo, mientras que, para domesticar a la GNR, el Parlamento la reorganizó, reduciendo sus efectivos y transfiriendo al ejército su artillería y las ametralladoras pesadas<sup>59</sup>. Para evitar que la GNR se resistiera a su desarme, se montó un cerco militar a Lisboa con unidades de provincias, cerco que inicialmente se disfrazó de una maniobra preventiva ante una amenaza de huelga general<sup>60</sup>.

La reorganización de la GNR reducía sus efectivos a 12.000 hombres, retirándole las unidades de artillería y de ametralladoras pesadas, y eliminaba la defensa de la República como misión propia, limitando sus funciones a las de un cuerpo de policía: «mante-

---

nio Simões do PAÇO (ed.): *Factos desconhecidos da história de Portugal*, Lisboa, Selecções do Reader's Digest, 2004.

<sup>58</sup> Bernardino MACHADO: *Depois de 21 de Maio*, Coimbra, 1923.

<sup>59</sup> La reducción de la GNR era una reivindicación de los portavoces del profesionalismo militar. Véase Manuel Gomes da COSTA: «Organização militar», *Seara Nova*, 1921.

<sup>60</sup> António José TELO: «A criação da GNR e correcção dos desvios iniciais», *Pela Lei e Pela Grei*, 1996; Ribeiro dos SANTOS: *O Estado...*, p. 232, y Francisco Cunha LEAL: *As Minhas Memórias*, vol. II, Lisboa, Leal, 1967, pp. 318-329.

ner la seguridad pública, mantener el orden y proteger la propiedad pública y privada». La GNR también perdió autonomía y, en vez de «un organismo militar aparte», pasaba a ser «una prolongación del Ejército, cuyos elementos, [...] se encuentran a disposición del Ministerio del Interior para desempeñar el servicio de policía»<sup>61</sup>.

Al cortar las alas a la GNR y subordinarla al ejército, este último recuperaba una nueva primacía en el sistema de orden público. El ejército portugués de la década de 1920 ya no era el de antes de la Gran Guerra, se había disciplinado internamente —en parte porque muchos oficiales y milicianos politizados habían transitado a la GNR— y había logrado una nueva unidad de acción corporativa. Las ceremonias religiosas habían regresado a los funerales militares y la bandera y el himno republicanos, anteriormente marcados como símbolos de partido, habían obtenido un nuevo carisma como símbolos patrióticos gracias a la sangre de las trincheras de Flandes.

Entre 1920 y 1926, aunque siguieron conspirando en el seno del ejército tanto republicanos radicales como derechistas autoritarios, se afirmó entre estas corrientes un autoritarismo militar corporativo, que intentaba desvincular la acción militar de los partidos y presentarla como «nacional», en contraste con lo que denostaban como «política». Retomando temas clásicos del militarismo, este autoritarismo concebía al ejército como la base del orden social y el sustentáculo previo de la posibilidad de la libertad<sup>62</sup>. La despolitización de las conspiraciones militares, entendida como desvinculación de las tramas civiles, se reveló en los golpes fallidos del 18 de abril de 1925 o 19 de julio de ese mismo año. Si bien el ejército actuó dividido y se enfrentaron unidades que desafiaban y unidades que defendían al gobierno, los portavoces de ambos bandos, que luego conspiraron juntos para el golpe del 28 de mayo de 1926, justificaban sus acciones en valores militares, unos en nombre de la nación y otros de la obediencia debida<sup>63</sup>.

El triunfante golpe militar del 28 de mayo de 1926, que acabó con el parlamentarismo, cooptó a una parte de la elite política de la República e integró a la oposición desleal de la derecha, en sus

<sup>61</sup> Decreto 8064, marzo de 1922.

<sup>62</sup> Alfred VAGTS: *A history of Militarism. Civilian and Military*, Nueva York, Greenwich Editions, 1959, y Horácio de Assis GONÇALVES: *Necessidade da força armada*, Oporto, 1921.

<sup>63</sup> José Medeiros FERREIRA: *O Comportamento...*, pp. 89-124.

distintas variantes monárquica, católica y fascitizante, al tiempo que excluía al Partido Democrático. No obstante, hay que subrayar que las organizaciones civiles fueron la parte subordinada de la coalición y que, como diría Carmona, «la unidad del ejército» era la base de la dictadura militar<sup>64</sup>.

Entre 1910 y 1926 había habido una pluralidad de actores armados, tanto militares como paramilitares, milicianos, voluntarios civiles y guardias republicanos. Quienes buscaban un Estado fuerte programáticamente republicano habían pretendido, con la GNR, contar con un bastión que hiciera innecesaria la movilización incontrolada de los revolucionarios civiles. Habían pretendido, sin éxito, un Estado fuerte que permitiera una gobernación efectiva, un Estado tan incontestable que no necesitara ser brutal. Ahora, la dictadura militar adoptaba el mismo programa, un orden, en palabras del general Vicente Freitas, «cuya fuerza y estabilidad hagan imposible el desorden»<sup>65</sup>. Para conseguirlo, decidía que fuera el propio ejército el polo en torno al que se organizaba esa fortaleza del Estado. Aunque la GNR ya estaba subordinada al ejército, la intentona republicana de 1927 hizo que se significaran los últimos oficiales radicales con mando sobre tropa, que fueron purgados, y también que se reorganizaran y militarizaran la policía y la administración territorial<sup>66</sup>.

## Conclusiones

En 1916, Machado Santos, el héroe de la revolución de 1910, se lamentaba de que entonces no se hubiera entregado el gobierno a «la cabeza bien organizada y el pulso firme» de Basilio Teles, con su proyecto de dictadura revolucionaria para asentar la República en bases sólidas<sup>67</sup>. Al tiempo, Machado Santos era uno de esos

---

<sup>64</sup> Citado en *ibid.*, pp. 118-119, y António Costa PINTO: «A queda da 1.ª República portuguesa. Uma interpretação», en Manuel BAIÓIA (ed.): *A Crise do Sistema Liberal*, Lisboa, CIDEHUS-Colibrí, 2003.

<sup>65</sup> Citado en Hipólito TORRE GÓMEZ y Josep SÁNCHEZ CERVELLÓ: *Portugal en la edad contemporánea (1807-2000). Historia y documentos*, Madrid, UNED, 2000.

<sup>66</sup> Manuel BAIÓIA: *Elites Políticas em Évora. Da I República à Ditadura Militar*, Lisboa, Cosmos, 2000, pp. 133-138, y Marcelo CAETANO: *Estudos de história da Administração pública portuguesa*, Coimbra, Coimbra Editora, 1994, p. 440.

<sup>67</sup> Antonio M. MACHADO SANTOS: *A ordem pública e o 14 de Maio*, Lisboa, Tip. Liberty, 1916, pp. 10-11.

conspiradores perennes contra los cuales otras figuras políticas pedían un gobierno de orden. Tras disputar la calle a los democráticos con sus grupos de acción, apoyar los gobiernos dictatoriales de Pimenta de Castro en 1915 y Sidónio Pais en 1917 y encabezar a un grupo de voluntarios republicanos durante la guerra civil de 1919, fue uno de los asesinados durante la «noche sangrienta» del 19 de octubre de 1921.

Como matriz de pensamiento, el nacionalismo autoritario no se puede adscribir a un grupo o a otro, se trataba de un conjunto de tropos que podía recombinarse con diferentes sensibilidades políticas. Siguiendo a Villaverde Cabral, se trataba de una adaptación portuguesa de corrientes de pensamiento europeas en un contexto de crisis del liberalismo y desarrollo desigual. La baja diferenciación social y cultural de las elites portuguesas restringía sus opciones políticas, mientras que los fracasos de los remedios parciales provocaban llamamientos más extremos a una solución y estrechaban el margen de diferenciación de las alternativas políticas, lo que a su vez generaba coincidencias en la necesidad de un drástico abandono de los valores, las instituciones y el personal liberal, «preparando el camino a la legitimación cultural de un gobierno autoritario»<sup>68</sup>. La «salvación nacional» estuvo en la boca de un espectro amplio de actores políticos y, como hemos analizado en este texto, no sólo la retórica de la decadencia y la regeneración circulaban entre familias políticas, sino que también lo hacía el repertorio de posibles plasmaciones institucionales de la salida de la crisis, entre las que destacaba el reclamo de un poder fuerte.

Es en ese sentido restringido en el cual el proyecto de la dictadura militar y, después, del Estado Novo no se fraguó en completa ruptura con los presupuestos del republicanismo. Una misma fórmula, una misma idea, que «el Estado necesita ser fuerte para no ser brutal», justificó la dictadura, pero había sido anteriormente voceada por algunos de los más influyentes activistas del movimiento republicano. Las muchas diferencias programáticas entre unas y otras alternativas pueden medirse, no obstante, en que João Chagas citara a Danton para justificar la necesidad de un orden fuerte e irresistible, mientras que Salazar recurría a Balmes.

---

<sup>68</sup> Manuel VILLAVERDE CABRAL: *The Demise...*, pp. 16-21.

## ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

<i>El mundo del trabajo durante el franquismo. Algunos comentarios en relación con la historiografía, José Babiano .....</i>	229-243
--	---------

## HOY

<i>El Diccionario Biográfico Español, el pasado y los historiadores, José Luis Ledesma .....</i>	247-265
--	---------